

## SERMON VIGÉSIMO SEXTO.

### De la religion como pasion y virtud de la humanidad.

La humildad, la castidad, la caridad, son las tres virtudes cardinales introducidas en el mundo por la doctrina católica. Las llamo cardinales, no solo por la importancia propia, sino porque llevan consigo otras virtudes: tales, por ejemplo, como la obediencia, la penitencia, la pobreza, virtudes nuevas tambien, que juntas transforman el corazon del cristiano, y que tocando hasta las virtudes puramente morales, les comunican en su alma una expresion mas feliz y mas fuerte. Pero estas virtudes, madres y señoras, no están sin embargo en el primer lugar; derívanse de otro, que es su principio, y del que es necesario que os hable ahora; bajo pena de ocultaros la causa activa de todos los efectos producidos en el alma por la doctrina católica. Esta causa activa, esta virtud primordial, es la religion.

La religion es el comercio positivo y eficaz del hombre con Dios. A diferencia de la humildad, de la castidad y de la caridad, que no son mas que virtudes, la religion es á un tiempo mismo una virtud y una pasion, la mayor pasion y la mayor virtud de la humanidad, pasion á que solo satisface la doctrina católica, virtud producida solo por esta doctrina. Esto anunciado, Señores, al revelaros el profundo y espacioso campo que nos queda que recorrer este año, podrá admiraros, porque me parece contradictorio en los términos. Quien dice pasion, dice debilidad, quien dice virtud, dice fuerza: sostener que la religion es la primera pasion de la humanidad y que es su primera virtud, ¿no es sostener dos cosas que se excluyen por una manifiesta contradiccion? Y no obstante así es. Y no solamente es esto así, sino que tambien es el núcleo de toda la historia de la religion en el mundo. Quien no la considere como pasion ó no la considere mas que como virtud, no separará el hilo de los destinos de la humanidad.

Estableceré, pues, antes de todo esta duplicidad de naturaleza de la religion, á saber, que es una pasion y una virtud. Mas adelante demostraré que es una virtud reservada á la doctrina católica, y sacaré las consecuencias cuyas primeras premisas voy á sentar.

El hombre nace entre tres focos de vida: la naturaleza, la humanidad y Dios. Su nacimiento no es mas que el acto por el que se sumerge en esta triple atmósfera respirable, la atmósfera de la naturaleza, la atmósfera de la humanidad, la atmósfera de Dios. Su nacimiento le sumerge en ella; su desarrollo le bautiza, y esto en todo lugar y tiempo, ya caiga bajo el reino de la mas pura revelacion ó bajo la noche de la supersticion mas corrompida. En cuanto nace y se desarrolla, está en relacion necesaria con este triple foco por su inteligencia, por su corazon y por sus sentidos. Está en relacion con la naturaleza por su inteligencia, bebiendo en ella el conocimiento de los hechos y de las leyes que constituyen las ciencias físicas; por su corazon, sufriendo los atractivos que ella contiene; por sus sentidos, aspirando en ella é identificando con ella todas sus emanaciones. Está bajo todos estos aspectos, pero de una manera mas elevada en relacion con la humanidad, porque la humanidad le da la ciencia moral y social, le inspira un amor de adhesion á los seres semejantes á el, y por medio de un trabajo tan permanente como universal alimenta, fortifica y embellece su cuerpo.

Lo mismo sucede con Dios: hiere al hombre con una certidumbre y una accion, de las cuales no podría librarse mejor que de la humanidad y de la naturaleza. La certidumbre de Dios, de la humanidad y de la naturaleza son para el hombre tres hechos contemporáneos é iguales. Él no necesita demostrarse la existencia de Dios, como tampoco necesita demostrarse la existencia de la naturaleza y de la humanidad; y todo raciocinio que pone á Dios en duda, tiene el mismo valor escéptico contra la naturaleza y la humanidad. Solamente se conoce mas ó menos bien á Dios, como se conoce mas ó menos bien la naturaleza y la humanidad. Los tiempos no se diferencian bajo la relacion de la certeza, sino bajo la relacion del conocimiento, y cuando Dios se revela mejor que antes, no nos da una certidumbre mas elevada de sí, sino una manifestacion mas extensa de su naturaleza, de sus obras y de su personalidad. Si no tuviéramos la certeza primitiva de Dios, de la naturaleza y de la humanidad, inseparablemente ligadas entre sí, jamás nos elevaríamos á ellas, porque nos faltaria toda realidad. El raciocinio puede prohibir y confirmar esta certeza triple y una; él no la ha creado. En todos casos, cualquiera que sea la mala voluntad del hombre, está en relacion necesaria con la idea de Dios; y haga lo que quiera, se le aparece á pesar suyo la idea de Dios. Se halla esta en el mundo; su espectro se alza ante él, tiene

ojos, manos, boca, puede decirsele, no; puede decirsele, véte; pero diciéndole no, se responde á su palabra; diciéndole véte, se responde á su presencia. La negacion afirma, y la repulsion atestigua. No se niega sino una cosa que vive; no se rechaza sino á lo que llama á nuestra puerta á grandes ó á pequeños golpes, y que turba nuestro reposo con semblante importuno. No se despide sino lo que ha entrado; y si se niega á Dios, es porque vive en el mundo; si se le repele, es porque está presente; si se le despide, es porque ha entrado. Y esta vida, esta presencia, esta entrada de Dios en la humanidad prueban que existe; porque si no existiese, ¿de dónde vendría esta posesion de la humanidad por su idea? He dicho posesion: porque no sucede con esta idea como con tantas otras que aparecen para desvanecerse, que introducidas por un hombre en el mundo, son desterradas de él por otro, ideas efimeras que tienen su cuna en un libro y su sepulcro en una biblioteca. La idea de Dios no tiene principio ni fin; cuando se la arroja por oriente vuelve por occidente, ó mas bien, no cesa de habitar á la vez todos los puntos del tiempo y del espacio, tan poderosa por la negacion como por la afirmacion, viviendo de sus enemigos como de sus adoradores, mas activa aun, mas servida, mas triunfante cuando es combatida, que en los dias en que, pacífica poseedora de los espíritus, hermana y conciudadana de todos, goza de un imperio que no es disputado.

No es la única relacion que tiene necesariamente el hombre con Dios la relacion ideal; nosotros llegamos á él por el corazon lo mismo que por la inteligencia; nosotros le amamos, nosotros le odiamos. Dios tiene tambien este privilegio, que no hay nada á medias respecto á él; así es, que suscita el odio cuando no suscita el amor. Os admirais á veces, cristianos, de ser odiados, y es porque jamás habeis pensado lo que vale para Dios el testimonio del odio. Porque ¿cuál puede ser la razon de odiar á Dios? ¿Qué hay que sea aborrecible en la idea de Dios? ¿Qué hay de aborrecible en la idea de algunos hombres que se congregan para rogarle? ¿Qué hay de aborrecible en un templo edificado con esta idea? ¿Qué hay de aborrecible en todo en lo que llama, prueba y honra á Dios? Nada seguramente, sino es el temor, y por consiguiente la certeza que se tiene de él; sino es la importunidad de este poder que no nos deja asilo contra ella, y nos persigue hasta en la conciencia acusándonos de complicidad.

Añado, pues, que estamos en relacion con Dios, aun por nuestros sentidos. Cuando padecemos, ¿á quién pedimos auxilio? ¿Quién refrigerara el pecho del pobre? ¿Quién enjuga su sudor? ¿Quién sos-

tiene y consuela la humanidad en sus infinitas miserias? Esta es la idea de Dios. El pobre, en un rincon de la calle, en los países donde no es arrojado de las calles, pide en nombre de Dios lo que le hace falta. Sabe que el Dios que alimenta su inteligencia y su corazon es tambien el Dios que madura las mieses, y el que alimenta á las aves del cielo. Su nombre pronunciado tiene una eficacia para obtener, y una eficacia mas misteriosa aun para desarmar interiormente á la necesidad de una parte de su aguijon. Dios es visiblemente, bajo todos los puntos de vista, la gran potestad y la gran riqueza de la humanidad; y por esto la pasion de la humanidad consiste en ponerse en una relacion positiva y eficaz con él, relacion que constituye la religion.

Pero preguntaréis, Señores, qué entiendo por una relacion positiva y eficaz con Dios; y en efecto, necesario es que antes de ir mas lejos defina yo estas expresiones.

Una relacion con un foco de vida es positiva cuando nosotros sacamos de él realmente la vida. Así, nuestras relaciones con la naturaleza y la humanidad son positivas, porque sacamos de ellas realmente la vida de la inteligencia, del corazon y del cuerpo. Una relacion con un foco de vida es eficaz, cuando alimentada nuestra vida personal en esta fuente, se eleva al nivel del foco de donde la tomamos ó recibimos. Así, para que sean eficaces nuestras relaciones con la naturaleza, es necesario que se desnaturalice nuestra vida, es decir, que se eleve á la altura de las fuerzas y de las leyes que constituyen la naturaleza; y de la misma manera, para que sean eficaces nuestras relaciones con el hombre, es necesario que se humanice nuestra vida, que se libre del egoismo de la soledad, y no forme con la vida de nuestros semejantes mas que una sola unidad. Aplicando esta definicion al comercio del hombre con Dios, este comercio será positivo si el hombre saca realmente de Dios la vida de su inteligencia, de su corazon y de sus sentidos; será eficaz, si la vida propia del hombre le eleva por ese comercio hasta divinizarse. Y por consiguiente, la religion no es otra cosa que una comunion de vida con Dios.

Dada esta definicion, afirmo que la humanidad tiene la pasion de la religion, la pasion de un comercio positivo y eficaz con Dios. Sé que muchos me lo negarán: muchos creerán formar una frase ingeniosa diciendo que no usan de Dios. Este lenguaje es conocido. Pero observaré, en primer lugar, que es un lenguaje moderno. La antigüedad no nos presenta nada semejante; esta frase es de una

época en que Dios se ha hecho mas manifesto y mas poderoso que nunca, y la antigüedad, que tenia la certeza de Dios sin tener un conocimiento claro y exacto de él, la antigüedad no ha dicho esta palabra. La antigüedad no vió bastante á Dios para despreciarle; no gozó bastante de él para que llegase á serle importuno. Buscábale como una cosa bastante lejana, y cuando se busca lo que falta no se le maldice, no se le desprecia. Pero llegó el dia en que Dios se dió, en que se derramó como el agua, en que dijo á la humanidad: Ven y tócame por tu mano en mi costado, y mete tu dedo en mis llagas: mírame hecho pequeño para que me manejes, y oculto para que no me veas. Cuando Dios dijo esto, cuando se hubo proporcionado á la humanidad, y se derramó á raudales por todo su sér, entonces se juzgaron mayores que él algunos hombres dispersos. Pero ¿qué es la palabra de un hombre, y de un hombre extenuado, sobre Dios? Es un capricho, mas frecuentemente un sueño del alma próximo al idiotismo. Un hombre nacido en un taller, adherido á esta gleba desde su infancia, ha tenido la desgracia de no recibir la revelacion de una vida superior; llega á la grandeza de un hombre siempre absorbido en una monótona y vil ambicion, sin advertir que le falta algo, y sin que la sociedad le arroje á su puerta un ruido de Dios bastante violento para conmoverle. Es una desgracia, forzoso es compadecerle; pero no deduzcamos de aquí nada que recaiga en la humanidad.

La humanidad tiene la pasion de unirse á Dios por una relacion positiva y eficaz; porque una pasion no es otra cosa que una necesidad vivamente sentida, que un atractivo invencible que nos impele á un objeto para hacer de nuestra vida la suya, y de su vida la nuestra. Ahora bien, tal es la inclinacion de la humanidad hácia Dios, inclinacion tan visible, que llena toda la historia, y á que designa siempre la religion por do quiera como la actividad principal y mas augusta de las naciones. ¿Qué no hacen ellas para Dios? Ellas le edifican templos para que venga á habitar en ellos, le crean sacerdotes para representarle, se reunen para honrarle con sacrificios, le dirigen oraciones públicas y solemnes, se colocan bajo su proteccion por decretos, le dan parte en todos los sucesos prósperos y adversos. ¡Qué extraña y perpetua fraternidad entre el hombre y Dios, no entre el hombre privado solamente, sino el hombre que llega al nombre y á la potestad de nacion! ¡Escuchad bien! Señores, los pasos de la humanidad en el mundo: emigracion de pueblos, fundacion de imperios, dinastías nacientes, paz y guerra,

revoluciones sociales, caidas y acontecimientos, cualquiera cosa que suceda, allí está Dios ostensiblemente. Parte, se detiene, sube y vuelve á bajar con la humanidad, inseparable compañero de sus destinos, soldado y convidado, vencedor y vencido, siempre buscado, siempre esperado, siempre presente. ¿Qué mas podemos para él? ¿Qué adoraciones y qué sangre le hemos rehusado? Hoy mismo, aun despues de un siglo de esfuerzos para arrojar á este huésped de sesenta siglos, ¿qué es lo que hacemos? Levantamos sus altares derribados; nuestros mas grandes hombres le piden sus victorias, y nuestros mas grandes escritores le consagran su genio. Treinta años hace, cuando se dividian la Europa los príncipes del mundo, no se acordaban de Dios en sus tratados de paz, creíanle desterrado para siempre de las altas transacciones de la soberanía; y hé aquí que de un confín al otro de Europa les advirtió el ruido de las cuestiones religiosas que no se habia cambiado la humanidad, y que Dios es siempre su primera, su mas alta y su mas vasta pasion.

Si quereis salir de esta consideracion general y mirar al hombre desde mas cerca, aun en sus relaciones con Dios, yo tambien lo quiero. ¡Cuáles son, os preguntaré, las tres razas que representan mejor la humanidad, la una en el punto de vista de la inteligencia, la otra en el punto de vista del corazon, la tercera en el de los sentidos? ¿Cuáles son? Constantemente son, para la inteligencia la filosofia, para el corazon la mujer, para los sentidos el pueblo.

¿De qué se ocupa el filósofo? No se ocupa de las ciencias, de las artes, de política, todas cosas secundarias y pequeñas para él; el filósofo tiene un objeto único y constante en su pensamiento al que se refiere todo él, y es el infinito, es decir, bajo un nombre abstracto y general. Constantemente busca en él la naturaleza y sus leyes; y aun cuando tortura el infinito para sacar de él alguna cosa que no sea Dios, esta cosa no es mas que un disfraz, bajo el cual lo oculta, sin poder impedir que no sea su vida intelectual una relacion permanente con este mundo invisible y supremo que toda la tierra llama Dios. Esta relacion es tal vez falsa; el filósofo no quiere Dios como todo el mundo, y se extravía separándose de la tradicion para fiarse á su espíritu; da á Dios un traje fantástico, pero siempre es Dios lo que constituye el fondo de sus especulaciones. Que corte y que cercene lo infinito como quiera, su pasion no le induirá menos á elevarse mas alto que la naturaleza visible, y á buscar el alimento vital de su genio en esta lontananza misteriosa que no tiene realidad sino por el nombre y la idea de Dios. Cuando Fidias esculpía su

Júpiter Olímpico, lo que salía de sus manos era sin duda un ídolo impotente y falaz, y no obstante penetraba en el mármol la idea de Dios, y se derramaba en él una majestad que llamaba las adoraciones del universo. Así, aun cuando sustituya el filósofo al Dios verdadero un ídolo, creación suya, rinde testimonio aun al movimiento que lleva la inteligencia hacia las regiones que habita la Divinidad.

En cuanto á la raza que representa el corazón de la humanidad, nadie disputa su tendencia natural hacia la religión. Y aun se hace uso de esta observación para inducir al hombre á alejarse de Dios, diciéndole con un falso respeto: Esto es bueno para las mujeres. Sí, esto es bueno para las mujeres; yo acepto la expresión, y de ello me congratulo. Porque siendo la mujer el corazón del hombre en su mayor grado de delicadeza y de sensibilidad, su testimonio es el del hombre mismo, en cuanto es capaz de amor y de adhesión. Y si fuese necesario escoger entre el testimonio del filósofo y el de la mujer, por grande que sea la revelación del genio, estimaría yo más la revelación del corazón; y si fuera preciso levantar altares á alguna cosa humana, mejor querría adorar el polvo del corazón que el polvo del genio. La mujer religiosa, Señores, no lo olvidemos jamás, ha recibido el don de creer y de amar, y aplicando á Dios su fe y amor, prueba que vuestro propio corazón, que ha nacido del suyo, que forma parte del suyo, es también naturalmente religioso.

Esto es lo que afirma á su vez el pueblo, este gran representante de la humanidad bajo la relación de los sentidos. El pueblo es religioso, no como quisieran sus señores que lo fuese, tomando la religión como un freno que se pone á un caballo indómito, pues se avergonzaria de esto. El pueblo toma la religión como una necesidad, como una honrosa pasión de su naturaleza; y aunque se trate de deshonrar su fe, diciendo que es la fe del pueblo, él la protege con su pobreza, con su trabajo y con su majestad. Le dice: Yo pobre, yo pueblo, no estoy desheredado de lo grande, no estoy desheredado de lo sublime. Longino... él no conoce nombre de Longino, pero yo, yo hablo por el pueblo, y conozco aquel nombre. Longino ha dicho: Lo sublime es el sonido que da una grande alma; y el pueblo, Señores, no ha renunciado á dar este sonido; no ha renunciado á la alegría del sublime, y como no puede ser sublime por el mundo, como el mundo rehúsa á su inteligencia y á su corazón las ocasiones de serlo, se dilata mucho más para proclamar al Dios que lo eleva, que le bendice, que le dice: Yo soy tu hermano y tu igual, no temas.

Así pues, filósofo, mujer, pueblo, la inteligencia en su más alto grado, el corazón en su más alto grado, el sentido en su más alto grado, los tres buscan á Dios, quieren á Dios, están apasionados por Dios. ¿Y por qué? Vosotros me preguntáis por qué, ¿no es verdad? ¡Ah! ¿por qué? Porque vuestra alma es más grande que la naturaleza, porque es más grande que la humanidad, porque ella agota en algunos minutos de vida todo el mundo que no es Dios: y como el alma tiene horror al vacío, cuando se forma el vacío en sí misma; cuando uno ú otro día se fastidia el espíritu del sabio en reunir conchas para formar con ellas sistemas; cuando la mujer se cansa de infidelidades; cuando mira el pueblo debilitados sus brazos en un trabajo que perece cada día; cuando para todos es palpable la nada del universo; cuando el alma, en fin, no es más que un océano sin agua, viene á ella su huésped natural, Dios. Nuestra grandeza crea en nosotros el vacío, y el vacío nos da el hambre de Dios; de la misma manera que llegando nuestras entrañas por el movimiento de la vida á este sentimiento que llamamos el vacío, necesitan de un comercio positivo y eficaz con la naturaleza, que repare nuestra inanidad. Es el mismo fenómeno, pero en una región más alta; y en conclusión, así como nos comunicamos por el hambre y la sed con la naturaleza y la humanidad, así nos comunicamos con Dios por una hambre y una sed sagradas, no como dijo Virgilio, *auri sacra fames*, sino *Dei sacra fames*.

No obstante, Señores, por otra parte, la religión, que es una pasión de la humanidad, es también una virtud suya; debo explicaros cómo.

Ya hemos dicho que la virtud es una fuerza del alma que realiza el bien. Si pues para desear á Dios no es necesario fuerza; si para sentir nuestro vacío y llamar á él algo que sea más poderoso que la naturaleza y la humanidad, no es necesario más que dejarse conducir; si Dios, que es el más rico de los seres, nos causa fácilmente una pasión; no obstante, bajo otro punto de vista, en cuanto nuestro comercio con Dios debe ser eficaz, en cuanto es necesario que divinicemos nuestra vida para estar realmente en comunión con Dios, allí, Señores, se declara y nos vende nuestra debilidad. Mientras que no hacemos más que tender nuestra mano á Dios, vamos bien; pero Dios es pesado de llevar. Acordaos de la historia de S. Cristóbal. S. Cristóbal había consagrado su vida á pasar los viajeros al otro lado de un torrente. En una noche tempestuosa oye llamar á su puerta, abre y ve á un niño desnudo y transido que quiere pasar.

El gigante le exhorta á que pase la noche en su cabaña, le representa el viento, la tempestad, la oscuridad; pero el niño insiste y quiere pasar. Cristóbal, fiel á su voto, lo carga en sus hombros y se arriesga por entre las olas y las rocas; pero conforme avanza, parece crecer su carga; llega á serle intolerable; el gigante se detiene y dice al niño: ¿Sabes que te has hecho pesado como un mundo? No te admires, responde el niño, porque llevas al que ha hecho al mundo.

Así, Señores, sucede con Dios, cuando tratamos de unir nuestra vida á la suya, no ya solamente por una necesidad y un deseo, sino por una realidad eficaz, por una transformacion de nuestro sér en el esplendor del suyo. Fácil es á Prometeo aspirar al cielo y llevar la mano al fuego sacro; pero guárdate, Prometeo; el fuego quema cuando se le toca. Dios es la luz y la santidad infinitas; no es poco acercarse á él con una inteligencia débil, con un corazon corrompido, con una carne estigmatizada por las pasiones. No es poco recibir á Dios en su inteligencia, en su corazon, en sus sentidos, y unir dos naturalezas tan desproporcionadas en una comunión real. Esta obra requiere una fuerza enérgica, una virtud enteramente sublime, que sepa someter el espíritu del hombre al espíritu de Dios, sin que pierda el espíritu del hombre su personalidad y su libertad; que transporte el corazon hasta el amor de lo invisible, y le retenga en él con una alegría sin sustancia y sin cuerpo; que baje los sentidos, que los castigue y los inmoles, para que no incomode su peso en la ascension del alma á las inaccesibles alturas de la Divinidad. ¡Qué prodigio! Y este prodigio es fuerza que se cumpla, hallándonos sumergidos en la naturaleza y la humanidad, manchados con su contacto; es necesario que marchemos, llevando en nuestra mano derecha á Dios, y en la izquierda al mundo; sacrificando sin cesar al mundo, y llevándole siempre. Es verdad que esto es difícil; es exigir del hombre algo mas que humano, y no obstante, el comercio eficaz con Dios es á este precio: sin esta transfiguracion dolorosa no es la religion mas que objeto de un mendigo que pide limosna, y que la deja caer porque su mano es sobrado débil para sostener su peso.

Todos los dias oigo á personas que dicen: Si es tan manifiesta la religion y si se halla tan bien establecida, ¿por qué no soy yo religioso? ¿Por qué no veo la verdad de la religion? Oid la respuesta. No sois religiosos por la misma razon que no sois castos; no sois castos, porque la castidad es una virtud, y no sois religiosos, porque la religion es una virtud. ¿Os imagináis que la reli-

gion sea una ciencia que se aprende y se ejerce como las matemáticas? ¡Ah, Señores! si la religion no fuese mas que una ciencia, bastaria para ser religioso tener en un cuarto una pizarra negra y un pedazo de lápiz blanco para borrar ecuaciones algebraicas. Es cierto que la religion es una ecuacion que hay que resolver, pero una ecuacion entre el hombre y Dios, entre la miseria y la riqueza, entre las tinieblas y la luz, entre la salud y la corrupcion, entre lo finito y lo infinito, entre la nada y el sér absoluto. Y esta ecuacion terrible no se resuelve con el cálculo, con el talento; solo se resuelve con la virtud, y no con la virtud que hace los sabios y los héroes del mundo, sino con la virtud de Dios, aceptada por nosotros, fruto de nuestro corazon y del suyo, incomprendible himeneo que está bajo vuestros ojos, que os habla y á quien vosotros no oís, en la inexplicable pesquisa que hace de vosotros, porque os halláis determinados por una triple debilidad que os embriaga á vosotros mismos: debilidad de espíritu, debilidad de corazon, debilidad de los sentidos.

¿Y que es la debilidad de espíritu? Se apasiona un hombre contra Dios al primer fenómeno que se le presenta; ve, por ejemplo, muchos cultos en el mundo, y dice en su interior: si hubiese una verdadera religion en la tierra, no habria mas que una sola. Este pensamiento le basta; se ha pronunciado contra Dios, y nunca volverá ya á él: el desgraciado no comprende que la misma multitud de cultos demuestra hasta la saciedad la naturaleza y el objeto religioso del hombre, y que el hombre no hubiera podido nacer religioso sin que este acto de nacimiento sea el acto auténtico de la divinidad misma de la religion. No comprende que el hombre, libre y religioso á un tiempo mismo, impulsado hácia Dios por una necesidad que es una pasion, alejado de él por una especie de horror de su perfeccion, dividido entre estos dos sentimientos contrarios y tratando de unirlos, se crea ideas y cultos de Dios á su alcance, le adora y le insulta á un tiempo mismo, diciéndole: Quédate y véte. Los falsos cultos, Señores, no son mas que una transaccion entre estos dos movimientos del hombre respecto de Dios, y tal vez nada prueba mas la indispensable verdad de la religion, que este espectáculo de la humanidad que quiere mas deshonorar á Dios que no ocuparse de él. Pues bien, un hombre razonable, un sabio, un político profundo pasará su vida, esta vida que lleva consigo una eternidad, la pasará sin religion, bajo la salvaguardia de esa miserable idea que acabo de decir, y que me veo obligado á llamar un idiotismo, mas que un idiotismo, puesto que prueba justamente lo que él quiere

negar, la necesidad y la verdad de la religion. Él caerá de aquí algun dia, con este solo apoyo, en la luz divina, donde lo que le admirará mas será haber perecido por una demostracion que debia salvarle.

Debilidad de corazon : otra causa que detiene al hombre y le impide entrar en una relacion positiva y eficaz con Dios. El hombre se halla en uno de estos dos estados : ama aun ó no ama ya. Cuando ama, es seducido por esta ligera llama que sale de su corazon, como se ve salir en los cementerios una claridad que brilla un momento sobre el sepulcro de los muertos. Cree en este amor frágil, y le sacrifica el amor eterno, sin sospechar que Dios comunica á nuestras afecciones, cuando son regladas y penetradas por su amor, un encanto que las purifica y las hace durar. O bien no ama ya, y el desencanto de la criatura, en lugar de retornarle á Dios, extiende hasta él las causas que han desecado su corazon. No entiende ya la lengua que ha hablado ; cuando se le dice que Dios nos ha amado hasta padecer por nosotros, le parece esto un sueño infantil : estas nuevas del amor, que vienen del extranjero, le encuentran sin memoria, y le dejan sin esperanza ; la persuasion no tiene ya lugar entre los muertos.

Resta en la debilidad de los sentidos otra tercera y mas poderosa causa de nuestra incapacidad religiosa. No diré de ella mas que una palabra ; tan fácil os será suplir lo que no diga. ¿ Quién creeria que el hombre se aleja de Dios para evitar á sus sentidos, no digo grandes sacrificios, sino ligeras privaciones ? ¿ Quién creeria que el ayuno y la abstinencia son razones contra Dios ? No obstante, así es, Señores, y esta simple observacion debe haceros comprender la fuerza que es necesaria al hombre para entrar en comunion con Dios, pues que semejantes miserias son para él ya una dificultad. Tan cierto es que la humanidad tiende á Dios por una necesidad real y profunda, por una pasion que llena el mundo con sus esfuerzos, como lo es que esta pasion no llega á la eficacia sino por la virtud.

La religion es á un mismo tiempo pasion y virtud, la pasion mas alta de la humanidad, y su virtud mas alta, igualmente notable, aunque de diverso modo, sea que subyugue el alma sin transfigurarla, sea que la transfigure y la divinice en efecto. Y por aquí se os ha descubierto por qué es tan amada y tan odiada, muchas veces desnaturalizada, y jamás destruida. Si no fuese mas que una virtud, pereceria fácilmente con la virtud ; si no fuese mas que una pasion, sucumbiria en la impotencia del bien. Ella se salva y se mantiene por estas dos fuerzas, habiendo querido Dios que en ningun tiempo y en ningun lugar pudiera la humanidad romper totalmente con él. ¡ Cuán

vanos y dignos de piedad son los que se hacen enemigos suyos ! ¡ Insensatos ! creen no tener que combatir mas que una virtud, y encuentran una pasion ; creen no tener que combatir mas que una pasion y hallan una virtud ; creen separarlas al menos, y se levantan juntas las dos cabezas de la hidra divina para revelarle que entre Dios y la humanidad siempre sucederá lo mismo.